

EL DOMINE LUCAS.



SALE
UNA VEZ
AL MES.

VEINTE
REALES
AL AÑO.



Enciclopedia pintoresca universal. Año segundo.

España y los Estrangeros.

XIII.



CUÁNTA enseñanza no comunicó á Europa, al universo, el penetrante, el descubridor, el sagacísimo, Juan Luis Vives? ¡Oh fatal suerte de los talentos; tinieblas vergonzosas con que el descuido y la ingratitude oscurecen la memoria de los que mas sirven al género humano! ¿Por qué mi España, mi sabia España, no ostenta en la capital de su monarquía estatuas, obeliscos eternos que recuerden sin intermision el nombre de este ilustre reformador de la sabiduría? No fué el nombradísimo Bacon mas digno del magisterio universal, que le ha adjudicado el olvido del grande hombre que le llevó por la mano, y le indicó el camino. Hay grande diferencia del uno al otro, ora se atiende á la estension de los conocimientos, ora á la perspicacia en descubrir y proponer. No se ofendan los manes del inmortal Bacon: si él hizo admirables pruebas de su profundidad en los medios de desentrañar la naturaleza física, Vives perfeccionó al hombre: demostró los errores del saber en su mismo origen: redujo la razon á sus límites: manifestó á los sábios lo que no eran, y lo que debian ser. Los griegos que llevaron á Italia la literatura de Constantinopla, nada hicieron en las mejoras del saber: renovaron los rancios sistemas de Grecia, y sustituyeron disputas vanas, tratadas con mejor gusto, á las bárbaras de la escuela. Vives penetró en lo íntimo de la razon, y siguiendo su norte, fué el primero que filosofó sin sistema, y tentó reducir las

ciencias á mejor uso. Los siete libros *De la Corrupcion de las Artes*, única y segura carta de marear, en que deben aprender los profesores de la sabiduría á evitar los escollos del error, del engaño, de la opinion, del sistema: los tres *Del Alma y de la Vida*, en que ofuscó todo el esplendor de la ambiciosa filosofía de Grecia, enseñando al hombre con propia observacion lo que es, y á lo que debe aspirar: los tres *Del arte de decir*, en que ampliando las angostas márgenes en que los estilos de la antigüedad habian estrechado el uso de la elocuencia, la dilató á cuantos razonamientos puede emplear el ejercicio de la racionalidad: los cinco *De la verdad de la Fé Cristiana*, obra que debe leerse con veneracion, y admirarse con encogimiento, donde triunfa perfeccionada la filosofía del hombre, llevándole irresistiblemente á la verdad del culto: sus tratados de educacion: sus sátiras contra la barbarie, apoyada entonces en la Dialéctica: su universal saber en suma, consagrado si no á la escrutacion de la naturaleza, que eternamente se resistirá á las tentativas del entendimiento, por lo menos á las mejoras de este y á la utilidad con que le convida la inmensa variedad de objetos que le oprimen por el abuso, son en verdad méritos que no sin fundamento obligan á reputarle en su patria por el talento mayor que han visto las edades. Cuando sean mas leídas sus obras: cuando mas cultivadas las innumerables semillas que esparció en el universal círculo de las ciencias: cuando mas observadas las nuevas verdades que en grande número aparecen en sus discursos; los innumerables desengaños con que reprimió los vagos vuelos é intrépida lozanía de la mente, y la facilidad de adoptar por verdad lo que no lo es; entonces confesará Europa que no el amor de la patria, sino el de la razon, me hace ver en Vives una gloriosa superioridad sobre todos los sábios de todos los siglos.

UN RECUERDO DE ALEMANIA.

(1818.)

FRAGMENTOS

dedicados á mi amigo D. Wenceslao Ayguals de Izco.

I.

Era una noche. Negro el horizonte
con densas nieblas encubrió la tierra
y el mundo entero sosegado duerme
encapotado entre tinieblas densas.

En inquietud reposa
un pueblo de héroes por su mal esclavos,
y humilla silenciosa
la noble frente que elevada un día
el polvo de los siglos sacudía,
y al regio señor que despreciara
erguida y victoriosa la mostrara.

El pueblo gime. Vergonzosos hierros
que el despotismo fabricara osado
encadenan las manos de los libres;
un pueblo desdichado
muere con rabia el hierro que le oprime,
y mal inclina su feroz garganta
á despota señor que con orgullo
humilla su cerviz bajo su planta.

El pueblo sufre y calla
y ni una voz, ni un grito se levanta
contra aquel que sus fueros avasalla
en mengua de su estirpe tan preclara.
La aurora lucirá de hermoso día
y un sol con ella ardiente de esperanza,
que en el silencio de la noche umbría
aguza sus puñales la venganza.

Tranquilo y sosegado
duérmese Saud en plácido retiro.
Vierte la noche animador beleño
en su pecho angustiado,
y leve dormitando en dulce ensueño
alienta una esperanza ya perdida.

Llenan ensueños de zafir y oro
su joven fantasía,
y el tiempo con su dedo descarnado
sin duda allá á lo lejos le mostraba
lucir la aurora de esplendente día
que fraternal abrazo presagiaba.

Fuerte rumor que sordamente crece
cual trueno en los espacios impelido
ó cual la mar de pronto se enfurece
si del Señor el látigo temido
intenta doménarla,

se deja oír en el sencillo albergue
do Saud sostiene solitaria vida.
Cúbrese el cielo en densos nubarrones,
escóndese la luna,
pueblan el aire trémulas visiones;
y al fragor muchas veces repelido
del horrisono trueno,
tiembla la tierra, crujen las montañas,
y á su impetu violento
cae envuelto entre ruinas
del albergue de Saud el pavimento.

Bañado el rostro con sudores fríos,
trémulo el labio, el pecho acongojado,
despierta Saud á tal rumor atento;
y aunque lucha aterrado,
luce á sus ojos singular portento
que creer apenas puede
quien á la vil superstición no cede.

Envuelta en densa nube
asombrado contempla bella diosa,
cuyas formas encubre
blanco cendal, que penetrar no osa
la vista perspicaz que en él clavada
en sus pliegues recónditos descubre
de amor una esperanza ya olvidada.

Marchito su semblante
cual mastia flor se muestra,
y en sus inciertos ojos
triste fulgor de oculta luz siniestra
disipa sus enojos.

Magestuosa á la par que denodada,
de pié ante el lecho donde Saud reposa,
fatídica mirada
clava en su frente,
y cuando el joven á mirarla no osa
y su faz baja al suelo avergonzada,
aterrado siente
circular por sus venas fuego ardiente,

Entonces la vision—que tal creía
de Saud el triste pecho—
pausada se adelanta,
y hasta el pié de su lecho
aérea mueve la invisible planta;
y cual la trompa suena
que cazador ya fatigado llama,
así la voz resuena
que pavorosa la vision levanta.

«Dó está tu aliento joven denodado?
Dó el valor de que hiciste un día alarde?
Qué espera pues el brazo que esforzado
jamás en la pelea fué cobarde?...
Aguardas á que el pueblo encadenado
le grite á tu valor! Llegaste tarde?...
Quieres acaso que quien no se humilla
cadavérica doble la rodilla?...»

«Apréstate á la lid, vuela al combate,
nada esforzado á tu valor resista.
Sufra el tirano vil el rudo embate
con que un pueblo leal su afán conquista;
cantará tus hazañas dulce el vate
y de modernos héroes en la lista
de constante, leal, bravo y guerrero
darás ejemplo al mundo venidero.

«Levanta de ese lecho, audaz despierta
que el cielo vengador su rayo lanza....
Brille en tu pecho con afán, cubierta
de á tu pueblo vengar dulce esperanza;
y pues tu mano no enmudece yerta
eterna solemniza esa venganza,
que aunque á tu esfuerzo culpenle de insano
feliz á un pueblo hará tu osada mano.»

Dijo así, y envolviéndose en la nube
audaz desaparece
cual masa de humo que hasta el cielo sube
y el impetu del viento desvanece.

(Se concluirá.)

VICTOR BALAGUER.

MIGUEL DE CERVANTES.

(CONCLUSION.)



NGAÑADO Cervantes por la fortuna, y
restituido á sus primeras cadenas,
contrajo mayor ardor por romperlas.
Cuatro veces erró el golpe, y estuvo á
pique de ser empalado. Su última ten-
tativa fué de hacer una revolucion en-
tre todos los esclavos, atacar á Argel, y hacerse dueño
de esta plaza. Descubrieron la conspiracion, y Cervan-
tes no fué con todo condenado á muerte: tan cierto es
que el valor real impone aun á los bárbaros.

Este último hecho de hacer que se sublevasen to-
dos los esclavos, parece un poco exagerado; pero Flo-
rian lo refiere segun una vida puesta al principio de una
edicion de las obras de Cervantes hecha por la acade-
mia española. Sea como fuese, el dey mandó encerrar
al esforzado cautivo, y algun tiempo despues hizo pedir
su rescate á España.

La madre de Cervantes, Leonor de Cortinas, viuda
y pobre, vendió cuanto tenia, y pasó á Madrid á entre-
gar 300 ducados á los padres de la Trinidad, encarga-
dos de la redencion de cautivos. Este dinero, que com-
ponia todo el haber de la viuda, no bastaba con mu-
cho, porque el dey Azan pedia quinientos escudos de
oro. Los trinitarios movidos de lástima completaron la
suma, y Cervantes fué rescatado el 19 de setiembre de
1580, despues de una esclavitud de cinco años.

Vuelto á España, disgustado de la vida militar, y re-
suelto á dedicarse enteramente á las letras, se retiró á
casa de su madre, con la esperanza de poder mantenerla
con su trabajo. Tenia entonces treinta y tres años de
edad. Empezó á escribir por los primeros seis libros de

un romance pastoril intitulado *Galatea*, que Florian ha imitado en su idioma francés. Este mismo año se casó con la hija de un hidalgo pobre; se vió obligado á hacer malas comedias para alimentar á su familia, y vivió en una miseria continua hasta que le confirieron un corto empleo en Sevilla.

Llegó á la edad de cincuenta años sin haber trabajado cosa alguna que mereciese pasar á la posteridad. En fin, publicó la primera parte de su *D. Quijote*, y esta obra ingeniosa, que corrigió la Europa, y fué conocida en todo el mundo, no tuvo al pronto aceptación alguna. Se picó de ello Cervantes, compuso una corta sátira intitulada *Buscapié*, la leyeron, y por este medio obtuvo su *D. Quijote* el aplauso que no ha debido después sino á sí mismo. Su triunfo le grangeó como es costumbre mil envidiosos y mil críticas que le fueron muy sensibles. Calló largo tiempo, y no publicó la segunda parte de su *D. Quijote* sino nueve ó diez años después. Su miseria hubiera sido completa, si el conde de Lemos y el cardenal de Toledo no le hubiesen ayudado con algunos socorros que impidieron que pereciese de hambre. Su reconocimiento fué tan vivo como urgente habia sido su necesidad. Cuatro dias antes de su muerte, dedicó al conde de Lemos su novela de *Pérsiles y Sigismunda* que acababa de concluir. Murió después con aquella tranquilidad que debia esperarse de un hombre que habia manifestado tanto valor durante su vida: su muerte acaeció en el año 1616.

La obra maestra de Cervantes es su *D. Quijote*. «La razon, dice Florian, que la ha traducido con gusto y elegancia, la razon, el buen humor, la fina ironía esparcidas por esta obra, la extrema verdad en los retratos, la pureza, la naturalidad de estilo han hecho inmortal este libro, que todo el mundo conoce, y que todos releen: nuestras tapicerías, nuestros cuadros y nuestras estampas nos presentan en todo á *D. Quijote*, y hasta los niños rien reconociendo á Sancho Panza. Las novelas de Cervantes no son comparables con *Don Quijote*; pero tienen sin embargo interés y son apreciadas. En cuanto al *Pérsiles* es un tegido de aventuras inverosímiles y de poco interés.

Arise á los solteros.



Si el chocolate con bollos
de una boda, nos alegra,
hay en cambio mil escollos....
y el mas atroz es la suegra
cargada de perifollos.

W. A. de I.

D. PEDRO DE CASTILLA.

(CONTINUACION.)



ANTES de ir á Valladolid quiso el rey pasar á Burgos á sosegar algunos disturbios, que fomentaba Garcilaso con otros ricos hombres de su partido, descontentos del despotismo con que manejaba á la reina y al rey D. Juan Alfonso de Alburquerque, quien abultándole siempre los recelos y peligros, no hallaba otro medio de vencerlos, sino con la muerte de sus enemigos; y así consiguió que allí mandase el rey matar á Garcilaso y otros, con lo cual entraron muchos en temor, y empezaron á desconfiarse del rey, que seguia los egemplos y consejos de severidad de su privado. Los vizcainos tomaron á su señor D. Nuño de Lara, niño aun de tres años, y huyeron tierra adentro. El rey fué en su seguimiento, y no pudiendo haberle por sí, ni por otros enviados, tomó las Encartaciones; y muerto poco después el niño de muerte natural, hizo traer á su palacio á sus hermanas, con lo cual quedó toda Vizcaya por el rey. El conde D. Enrique, mal seguro á su parecer en Asturias, pasóse á Portugal bajo la protección del rey don Alfonso.

Pasadas estas cosas, fué el rey á Valladolid á celebrar las cortes que habia convocado. Se trató en ellas de que se partiesen las behetrías, contribuyendo á esto la ambición de D. Juan Alfonso de Alburquerque, que esperaba le tocasen muchas; pero los caballeros de Castilla se resistieron á este pensamiento, de que resultó que el rey D. Pedro ordenó después el libro Becerro para mayor distinción de los lugares que eran de behetría, y de quiénes. Se arregló un ordenamiento para labradores y menestrales: se reconoció de nuevo y publicó el ordenamiento de Alcalá, hecho por D. Alfonso XI; y repetida la contienda de las cortes de Alcalá de aquel rey, sobre cuáles procuradores habian de hablar primero en cortes, si los de Burgos ó Toledo, resolvió el rey D. Pedro que estos últimos tuviesen este privilegio, hablando el mismo rey por Toledo.

Por este tiempo la reina madre doña María, con consejo de don Juan Alfonso de Alburquerque y D. Vasco, obispo de Palencia, enviaron embajadores á Francia á tratar casamiento para el rey con poder para casarse en su nombre con doña Blanca de Borbon, hija del duque de Borbon, primo del rey de Francia Don Juan II.

Finalizadas las cortes, y dadas varias disposiciones de gobierno, partió el rey D. Pedro desde Valladolid á Ciudad-Rodrigo, á donde habian concertado avistarse él y el rey de Portugal don Alfonso, su abuelo, de cuyas vistas resultó que D. Pedro perdonó al conde D. Enrique, admitiéndole en su gracia y en su reino, año de 1352.

Uno de los descontentos del rey, y temeroso de don Juan Alfonso de Alburquerque, era D. Alfonso Fernandez Coronel, el cual no asistió á las cortes de Valladolid; y con esta ocasion fortificaba sus castillos, y principalmente su villa de Aguilar en Andalucía; y junto con su yerno don Juan de la Cerda, hacia tratos con varios personajes para unirse contra el rey. Este juntó algunas gentes de armas, y se puso delante de Aguilar, requiriendo á don Alfonso Fernandez desistiese de sus alborotos y le obedeciese; resistióse con sus armas y gente, dando por escusa el temor que tenia á Alburquerque, y el rey dió sentencia de perdimiento de sus tierras.

(Se continuará.)

EUGENIO SUE.

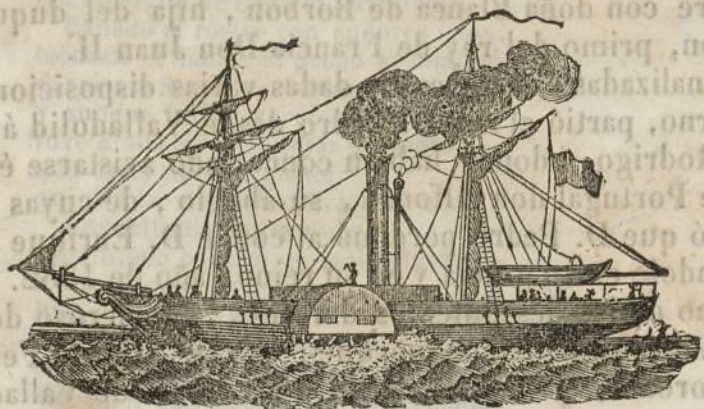


Se ha hecho tan popular en toda la Europa y el mundo civilizado el nombre de este escritor, y está de tal manera llamando la atención general su novela *El Judío errante*, que creemos no desagradará á nuestros lectores les traslademos unos ligeros apuntes que sobre el célebre novelista ha publicado el *Constitucional*, periódico de París.

Mr. Eugenio Sue nació en París el 10 de diciembre de 1804. Fueron sus padrinos la emperatriz Josefina y el príncipe Eugenio Beauharnais. La antigua familia Sue, establecida hace siglos en Lacolme, cerca de Cannes, en la Provenza, se halla todavía allí representada por Mr. Sue, oficial superior retirado, tío segundo del escritor.

El bisabuelo de Mr. Eugenio Sue, llamado Pedro, su abuelo José y su padre Juan José, fueron médicos y cirujanos afamados. El segundo de estos dejó escritos apreciables de anatomía, y á él debe la escuela médica francesa la difusión de la patología de Gaubius que sucedió á la de Boerhave. El padre del novelista, autor de varias obras, primer médico de la guardia imperial en la campaña de Rusia, y también del rey después de la restauración; fué honrado con la amistad íntima de la emperatriz Josefina, Franklin, Moreau y todos los grandes personajes de la época consular, é hizo donativo á la academia de bellas artes de una magnífica colección de anatomía comparada y de objetos de historia natural, formada por su familia durante cuatro generaciones de médicos, y que como un museo de gran precio forma una de las galerías de aquel edificio.

Mr. Eugenio Sue, por voluntad de su padre, se dedicó á la carrera de la medicina; y fué con el tiempo agregado en calidad de cirujano al colegio militar del rey, al estado mayor del ejército que en 1823 invadió la España, y después, en la misma campaña, al 7.º regimiento de artillería, hallándose por esta causa en el sitio de Cádiz, la toma del Trocadero y la de Tarifa. En 1824, dejó el servicio de tierra por el de mar; hizo muchos viajes á América, y des-



pues de haber recorrido las Antillas, volvió al Mediterráneo y visitó la Grecia. En el año 28 se halló en el combate de Navarino, en el buque de guerra el *Breslaw*; pero finalizada esta campaña, y habiendo renunciado al servicio y á la medicina, cuyo ejercicio no tenía atractivo alguno para él, regresó á París, donde merced á los recursos que le proporcionó la herencia paterna, pudo pasarla cómoda y brillantemente. Su ocupación favorita después de sus diversiones era la pintura, que estudiaba con su amigo Gudin.

En 1830, un antiguo camarada de artillería dijo á Sue: «Las novelas de Cooper han puesto el Océano á la orden del día; harías bien en escribir tus recuerdos de á bordo y crear en Francia la novela marítima.» Agradó la idea al autor; tiró el pincel; tomó la

pluma y publicó *Kernock el Pirata*. Hallando la cosa entretenida, y estimulado por el buen resultado, continuó escribiendo con la fantasía de una imaginación viva y fecunda, de modo que fueron apareciendo sucesivamente multitud de obras que pueden clasificarse por el orden siguiente:

Novelas marítimas: *Kernock el Pirata*, *Plick y Plock*, *Atargull*, *la Salamandra*, y *el Vigia de Koatven*. Historia marítima: *Historia de la marina francesa en tiempo de Luis XIV*. Compendio de la *Historia de la Marina militar de todos los pueblos*. Novelas históricas: *Latreaumont*, *Juan Cavalier*, *Letorières* y *el Comendador de Malta*. Novelas de costumbres: *Arturo*, *La Cucaracha*, *Dyleytar*, *La casa de Lambert*, *Matilde*, etc.

Dramas: *la Pretendiente*, y muchos otros melodramas de gran efecto.

Novelas filosóficas y sociales: *Los Misterios de París*, *El Judío errante*.

Las primeras obras de este escritor anuncian una imaginación exenta de preocupaciones, una naturaleza simpática y ardiente.

Mr. Eugenio Sue habita en la parte alta del barrio de san Honorato, una pequeña casa entapizada con enredaderas y flores que forman una bóveda en el peristilo. Su jardín está deliciosamente



cuidado, perfumado y fresco: una fuente susurra entre las peñas y los juncos. Una larga galería cerrada, entapizada con esculturas y plantas, conduce desde la casa á una pequeña puerta exterior, oculta bajo una roca artificial. La habitación se compone de tres pequeñas piezas un poco ahogadas y oscurecidas por las enredaderas y las flores que caen sobre las ventanas. La sillería es encarnada con relieves de oro; el aposento de dormir mas claro, y con adornos azules. Los muebles, en número crecido se amontonan, no sin confusión, entre espesos tapices. Hay allí un poco de todos los estilos, el gótico, el renacimiento, las fantasías francesas. Las paredes del salón engastadas de menudas y vistosas piedrecitas, están ocultas por mil objetos del arte, cómodas, curiosidades diversas, pintura y escultura, retratos de familia, obras maestras, trabajos de artistas modernos amigos suyos. Preciosos floreros, regalo de amistades femeninas, cubren las consolas: uno de ellos es un obsequio de una persona real. Por todas partes descuellan nombres gloriosos: Delacroix, Gudin, Isabey, Vernet... Admirase en un cuadro un dibujo de Mme. de Lamartine, con versos del ilustre poeta; y en sitio privilegiado, entre los primores del salón, una pintura sobre el caballete, que representa un *anacoreta* de Isabey, de efecto terrible, singular contraste en aquel pequeño templo de la voluptuosidad, donde todo exhala suave perfume, parecido al saludable olor de los cueros de Rusia.

Los caballos y los perros que Mr. Sue ha preferido, están pintados por él ó por Mr. Alfredo Dedreux haciendo compañía al que en otro tiempo los acariciaba escitando el recuerdo de su amistad. En el vestíbulo y entre los instrumentos y trofeos de caza, un lobo y una ave de rapiña domesticados, y queridos en su tiempo, están disecados y como vivos en la casa de su señor. Dos magníficos galgos, regalo de lord Chesterfield, tienen cómodo albergue en el fondo del



jardín, cual dos centinelas del umbral y elegantes y tiernos amigos de la casa. Mil dorados faisanes y palomas torcaces revolotean libremente sobre el césped, y van todas las noches á posarse sobre las ventanas y bajo las gradas.

Esta morada da una idea de los rasgos de su carácter, la pasión del lujo y de los esquisitos placeres, juntamente con los recuerdos del retiro y de la meditación; el gusto delicado por las bellas artes, el atractivo de la naturaleza en su bella rusticidad, el cariño á los animales y á las plantas. Un criado llamado Lorenzo, en el espacio de quince años no se ha separado un momento de Mr. Eugenio Sue; siendo de esta manera el elogio de las cualidades de un sirviente y quizá también del señor á cuyo servicio se consagra.

LA CAZA MARAVILLOSA.

CAPITULO III.

Penitencias y milagros del reverendo padre fray Juan Martinez Villergas.

DESDE que el padre Villergas, desengañado de lo que es el mundo y sus vanidades, habíase retirado á un monasterio para alcanzar por medio de la penitencia el perdón de sus culpas y pecados, los silicios y los ayunos habíale engordado en términos, que como otros muchos siervos del Señor, ostentaba su anchuroso y patriarcal abdomen que era una bendición del cielo, y unos molletes tan rollizos, lustrosos y colorados que nada dejaban que desear. Hé aquí su retrato:



Hemos escogido esta posición penitente, porque, según nos dijo su reverencia, la primera mortificación de su cuerpo, era engullirse todos los días al levantarse un cangilón de rico chocolate con bollos, cuya operación verificaba con la más santa resignación.

Sin duda chocará á nuestros lectores que siendo hermano capuchino el reverendo Villergas tuviese la cara lisa como un melón, cuando *in illo tempore* eran las barbas distintivo indispensable de los capuchinos. No dejamos de hacer nosotros igual observación al reverendo padre, quien con una amabilidad verdaderamente paternal, nos refirió su historia en los términos siguientes.

—Hijos míos, voy á satisfacer vuestra justa curiosidad. Quiera el cielo que mi ejemplo os mueva á abandonar un mundo eugañador y entregaros á la vida penitente. Yo también, hijos míos, he sido un gran pecador... He sido liberal... progresista... republicano... qué horror!... he escrito el baile de las brujas... el de piñata... Perdon, perdon, Dios mío!... Confieso que pequé... habed misericordia de mí!... Pero no es esto lo peor... mi maldad llegó al extremo de escribir un opúsculo en el periódico *la Risa*... ¡me estremezco al recordarlo!... nada menos que sobre *los pantalones*!... Pequé, pequé, Dios mío, habed misericordia de mí.

Y al decir esto cayó de rodillas su reverencia, y dióse tales golpes de pecho que Luis Felipe, O-Connell, Listz, Montes y yo prorumpimos en llanto de amargura y de compasión.

Después de un breve silencio en que parecía estar orando con santo fervor el reverendo padre Villergas, levantóse del suelo, repantigóse en su sillón, tomó un polvo y continuó.

—Como digo de mi cuento, amados hijos míos, retiréme á este monasterio á purgar mis pecados. Hiceme capuchino; pero en atención al escándalo que dan los petimetres de Madrid usando y profanando con sus modas, no solo las capuchas que antes llevaban los siervos de Dios, sino las barbas que era el santo distintivo de los capuchinos, adapté por de pronto el hábito de los mercenarios, y con él me entregué al ejercicio de las más severas penitencias.

—Y no podríamos saber, padre mío, preguntó O-Connell, cuáles son esas penitencias?

—Sí, hijo mío, contestó el reverendo Villergas. Voy á haceros una exacta relación de mis mortificaciones. La primera al levantarme es sorberme *volens nolens* el cangilón de chocolate.

—Todo sea por Dios, replicó Luis Felipe.

—Luego, añadió el padre Villergas, á escepción de unas magras ó de alguna ave asada con cualquiera otra friolera ligera con que suelo tomar las once, ya nada pruebo hasta mediodía. Entonces digo yo hablando conmigo mismo: Juan, tú te comerías ahora un rico plato

de lentejas, eh? Pues no señor, tendrás que contentarte con una fuente de macarrones. Juan, tú te comerías luego una ración de judías secas? Pues no señor, tendrás que engullirte tu buen puñero mal que te pese; y para mayor mortificación, se le pondrá gallina, y chorizo, y buen tocino y todo lo que más te repugna. Juan, tú te contentarías después con un pepino? Pues nada de eso, hay que tragar un pedazo de ternera mechada y una perdiz y buenos postres, y atracarte de ricos vinos á ver si de una vez revientas. Juan, tú quisieras que te cuidase una mujer de unos cincuenta años, que tuviese calma, juicio y discernimiento para hacer las cosas con moderación y procurarte toda suerte de comodidades? Pues no señor, tendrás que resignarte á que te asistan dos lindas muchachas de quince años cada una, vivarachas y alegres y exigentes en términos que no te dejen sosegar. Este es, hijos míos, el castigo que doy á mis pecados. Severa, cruel, atroz es la penitencia que ejerzo; pero todo se necesita para que Dios perdone mis desvarios.

—Pobrecillo, exclamó Luis Felipe.

El padre Villergas continuó:

—Dios, siempre piadoso y benéfico, ha querido sin duda premiar mis padecimientos, mis privaciones y amarguras, concediéndome el don de hacer milagros.

—Milagros!! exclamamos todos atónitos.

—Sí, amados hijos míos, añadió fray Juan Martínez, así como san Vicente Ferrer resucitaba á los muertos, yo tengo el poder de matar á los vivos con solo pegarles un trastazo en la cabeza con un buen garrote.

—Jesus qué milagro! exclamamos llenos de asombro.

—Así como el beato Oriol, continuó el reverendo, convertía los rábanos en moneda, yo convierto la moneda en rábanos con solo entregar algunos cuartos á la rabanera.

—Avermaría purísima, gritó Montes asustado.

—San Vicente Ferrer detuvo en el aire á un albañil que se caía de un andamio, y yo me atrevo á hacerle caer de un empujón.

—Jesus, María y José, exclamaron Listz y O-Connell estupefactos.

—En una palabra, yo hago ver las estrellas á cualquiera en medio del día, solo con darle con un canto en las narices; vuelvo lo blanco negro, sin más que meterlo en una tinaja de tinta; y sobre todo, así como otros han curado á las opiladas, yo opilo á cuantas mugeres bonitas se me ponen delante, en menos que canta un pollo.

—Qué lástima, dice yo asombrado, que Baldoví y Ribot se hayan muerto sin oír estos prodigios!

—Qué dices, hijo mío, qué dices de Ribot y de Baldoví? preguntó fray Juan.

—Que se han tomado uno á otro por un pajarillo y se han muerto á corta distancia de aquí, donde veníamos todos á cazar.

—Se han muerto vuestros compañeros de caza, vuestros amigos, exclamó colérico el padre Villergas, y nada me habeis dado para misas?... y seguis tan alegres vuestra diversion!... Qué horror!... Huid profanos, huid de este santo asilo... No puedo ya daros hospitalidad en él.

—Padre!! exclamamos todos en ademán suplicante.

—Huid, gentes depravadas, gritó el buen fraile cada vez más enfurecido... Huid, y haga Dios que en castigo de vuestra insensibilidad sintais el peso de mi maldición... Sí, desgraciados, yo os maldigo!

Al pronunciar estas terribles palabras, serpenteó un rayo acompañado del estallido del trueno, y todos despavoridos huimos precipitadamente del monasterio.

Era ya de noche. Nos metimos en un casucho que encontramos á corta distancia, y para mitigar el mal humor que nos había dejado el espantoso anatema del fraile, suplicamos á Listz que tocara un poco el piano, á fin de distraernos.



Este lo hizo con su acostumbrada amabilidad, O-Connell y Luis Felipe cantaron el dúo de Norma y Adalgisa. Cenamos luego una friolera, dimos gracias al Altísimo, sin olvidar un padre nuestro para las almas de Ribot y Baldoví, y nos acurrucamos en camas bastante duras é improvisadas.

El otro día era el señalado para la caza. En el capítulo siguiente referiremos los terribles efectos de la maldición del reverendo padre fray Juan Martínez Villergas.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

LA NAVA DEL REY.

III.

Pocas son las cosas que nos quedan por decir de este pueblo memorable por las fábulas que ha inventado la envidia y la rivalidad; pero no tan pocas que no tengamos materia para un artículo tercero, aunque corto, lo cual siempre es una recomendación, pues como dice muy oportunamente un escritor que yo conozco y que no citaré aquí porque no me ha dado permiso para tanto.

Quiero escribir, mi insuficiencia toco: principio y... ceso, de lo malo poco (1).

Vamos al grano que la paja ya se la comerán los aficionados. Por dónde empezaré? En verdad que no lo sé todavía, porque aun no he pensado lo que voy á decir. Pero sí.... ya me acuerdo de un cuento que me contó mi abuela pocos días antes de morir, y es el siguiente:

Iban dos vecinos de la Nava al mercado de Medina, y al pasar por una alameda oyeron al cucillo que oculto en la espesura de las ramas cantaba con acento melancólico y monótono compás.

—Cú cú! cú cú! cú cú! cú!

—Chico, chico, dijo uno de los dos hombres, mira cómo te cuca el cuco.

—Mientes, contestó el otro, que á quien cuca es á tí. Y mientras tanto continuaba el cuco impávido, sereno, triste y monótono.

—Cú cú! cú cú! cú cú!

—A tí, á tí te cuca! replicó el primero.

—Mientes, que te cuca á tí, añadió el segundo.

Y sobre si el cuco cucaba al uno ó al otro, cogió cada uno de ellos un fiero garrote y empezaron á darse leña como si tuvieran alguna injuria afrentosa que vengar. Y no paró aquí, sino que después de ponerse como nuevos, apenas llegaron á Medina se fueron derechos á casa de un abogado con objeto de consultar y seguir el pleito hasta que los dos quedaran sin camisa.

—Vamos ¿qué ha sido eso? dijo el abogado.

—Señor, respondió uno de los hijos de la Nava, que cuando pasábamos por la alameda estaba cucando el cuco: yo creí que el cuco cucaba á mi compañero y este sostenía que me cucaba á mí, cuya disputa acabó por molernos el cuerpo á palos.

El abogado, para tranquilizar á los hijos de la Nava, dijo entonces:

—Pues señor, el cuco, ni cucaba al uno ni al otro, que á quien cucaba era á mí.

Con lo cual quedaron los dos hombres satisfechos y tranquilos y salieron amigos de casa del abogado después de pagar dos duros cada uno por la consulta.

Pues señor este era un tonto, y este tonto era de la Nava, según me han dicho si yo no estoy equivocado, ó no estaban mal informadas las personas que me lo han contado. Este tonto era muy tonto, casi tan tonto como un artículo de fondo del *Católico*; el cual (el tonto) comerciaba en miel y vivía mortificado en verano por la tenacidad con que le perseguían las moscas. No sabiendo el pobre tonto cómo escalearlas, tomó un día su bastón, que era gordo como mentira de fraile, y se fué á casa del alcalde con objeto de citar á las moscas á juicio de conciliación. Estrañóse el alcalde; y quién no se había de estrañar de semejante demanda? y dijo al tonto que era inútil lo que pretendía.

—Pues señor, contestó el tonto, yo he venido á reclamar justicia y quiero justicia.

—Pero hombre, por Dios, repuso el alcalde, qué quieres tú que haga yo con las moscas?

—Toma! meterlas en la cárcel, respondió el tonto que lo creía muy sencillo.

—Eso es imposible, dijo el alcalde, lo mas que yo puedo hacer es autorizarte para que donde quiera que veas una mosca la des un garrotazo impunemente.

No habia acabado el alcalde de decir esto, cuando vino una mosca á ponerse en la frente. El tonto que vió la mosca, alzó el garrote, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió tal golpe al alcalde en la cabeza que le dejó en el sitio. Alcaldes muchos conozco yo que merecían lidiar con tontos como el de la Nava. Y vamos con otra mentira.

La Nava del Rey es uno de los pueblos de mejor vino que hay en toda Castilla (esto es verdad), y como hay tan buen vino, los hombres se crían gordos y sanos, llegando algunos á vivir tanto como Matusalen (esta si que es gorda) por cuya razon creo que mis lectores no pondrán en duda el lance que voy á referir. Parece que en cierta ocasion pasaban tres estudiantes por la Nava, y antes de entrar en el pueblo hallaron un pobre viejo al pié de un árbol, que estaba llorando como un niño. Admiráronse los estudiantes de ver llorar al viejo, porque á la verdad, ya habia pasado de la edad de las lágrimas. Tenia la cabeza toda calva, la cara hecha un camisolín de pliegues, y la boca desierta de muelas y dientes; todo lo cual hacia presumir que aquel anciano tenia lo menos ciento veinte ó ciento treinta años. Uno de los estudiantes, el mas atrevido, se acercó al viejo, y con la franqueza que dan los hábitos y los pocos años, le dijo:

—Por qué llora usted, buen viejo?

El viejo, abriendo mas la boca y pataleando como un chiquillo, contestó:

(1) Estos versos los he leído en el album de una señorita que no nombro por la misma razon que tengo para omitir el nombre del autor.

—Porque me ha pegado mi padre!!!!.....

Echáronse á reir los estudiantes con semejante contestación, y le dijeron en tono de burla:

—Pero buen hombre! es posible que le haya pegado á usted su padre?

Entonces vieron salir de detrás de un vallado á otro viejo mas viejo que el que lloraba, porque era su padre, y con voz temblona y lengua balbuciente, aunque mostrando en el semblante la cólera de que estaba poseído, dijo:

—Sí, señores, le he pegado á mi hijo porque ha perdido el respeto á su abuelo.

Este cuento no quiere decir que los de la Nava sean viejos, porque realmente el cuento es mas viejo que la Nava.

El que voy á contar á ustedes es garrafal: esto sí que no se concibe bien cómo ha podido suceder en la Nava ni en ninguna otra parte. Es el caso, que una vez quisieron los habitantes de la Nava trasladar á otro punto la torre principal que es de las mas altas que yo he visto. Discutióse mucho acerca de los medios que debían emplearse para conseguir el objeto, y se decidió por unanimidad que se debían atar á la torre unas cuantas maromas de lana y tirar despues, los vecinos, de estas maromas. Hiciéronlo así: ataron las maromas y concurrió casi todo el pueblo á tirar de ellas: la torre ni siquiera se movió; pero los de la Nava creían que sí, porque como la lana es bastante elástica y á medida que tiraban iba dando de sí, pensaron de buena fé que la torre se les iba detrás. Yo he pasado por la Nava del Rey y he visto la torre torcida. ¿Si quedaria así en el lance de las maromas de lana?

Muchos cuentos me vienen ahora á la memoria que podria referir si no temiera ser demasiado largo. Lo que es por hoy obedezco aquel precepto del literato amigo mio que dijo *de lo malo poco*. Otro dia si estoy de humor, es posible que halle materia para un artículo cuarto. Voy con el último cuento, que es la despedida del tercer artículo.

Estaba un podador trabajando en las viñas, y de cuando en cuando volvía los ojos hácia la Nava ¿qué esperaba? Ahí es nada; esperaba un rico guisado que le habia ofrecido su muger; pero el pobre podador no veía nada por el camino. Sin embargo á la salida del pueblo se veía un chico que llevaba un puchero en la mano. El muchacho debió aficionarse al olor del guisado, porque arrimábase de cuando en cuando á sus narices, hasta que por fin no pudiendo resistir á la fatal tentación de la gazuza sacó una tajada y se la comió.

—Qué demonio! dijo el chico, lo mismo me da comer una que dos y sacó otra tajada, y haciéndose la cuenta de que lo mismo daba comerse dos que tres, y tres que cuatro, y cuatro que cinco, fué comiéndose todas las tajadas del puchero hasta que solo quedó una, y esta se la comió tambien haciéndose la cuenta muy sencilla de que lo mismo le habian de castigar por llevar una tajada que no llevándola ninguna. Quedó el puchero lleno solamente de caldo, y el chico empezó á temblar considerando lo que le esperaba, y así se decidió á forjar una mentira.

El pobre podador abrumado con tanto trabajo levantóse por última vez á mirar al camino deseando que llegara el regalo prometido, cuando vió venir á su hijo con el puchero en la mano; pero el chico venia llorando y esta era muy mala señal.

—Qué te ha sucedido, muchacho? preguntó el podador.

El chico nada contestó.

—Adios mi guisado! dijo el podador maliciando lo que habia sucedido, á que me has dejado sin comer?

—Sí, señor, contestó llorando el muchacho.

—Pues cómo ha sido eso, maldito seas?

—Verá usted, repuso llorando el chico, al saltar el vallado del tío Roque di un tropezon y....

—Y qué mas?

—Se me cayó el guisado en el suelo, añadió el chico medio llorando, medio riendo, y no he podido recoger mas que el caldo.

El padre le sacudió una buena paliza no tanto por la glotonería como por la mentira.

J. M. VILLERGA.

PALMETAS.

A LOS SUSCRITORES DEL ARLEQUIN.

HARO y marzo 13 de 1845.

Oigan mis justas quejas y clamores

sencillos suscritores,

que cebados tal vez de su codicia,

con su corta pericia,

cayeron en las redes,

que tendió el *Arlequin* á sus mercedes.

Astuto y engañoso,

prometiéndome sin tasa,

y al *Dómine* acusando de envidioso,

su cálamó chispeando como brasa,

nos pinta allá unos perros,

y márchase trepando por los cerros....

La pugna se entabló; yo que leía

de entrambos adalides las lindezas,

solecismos en uno entreveía,

y en el otro agudezas;

mas hete que el primero,
de aquellas once series el dinero
guardado en su gaveta
se tiene, y aunque cruge la palmeta
de su fuerte adversario,
presenta sin rubor el tafanario.

Y habremos de aguantar que así se ria
quien luce á nuestra costa?
Baste ya de sufrir, mengua seria;
destiérrese de punto esa langosta,
que tala el campo ameno de la ciencia
sin maldito reparo ni conciencia.

Me dirán que es ruindad por diez reales,
insultar á hombres tales,
y que guía á mi péñola la saña;
mas solo aquí en España
se roba de este modo;
así, caros hermanos, marcha todo.

Tres meses esperando mi fortuna
(cuando estoy á los cuernos de la luna)
preguntando al cartero,
si viene el *Arlequin*!!! Aquí le espero
cuando dicen por cierto,
y yo lo creo así, que ya habrá muerto.

UN SUSCRITOR.

Zaragoza y sin fecha,
porque no hay calendario en mi cosecha.

Señor Izco mi dueño, si mi ahinco
logra erguido acabar su largo brinco,
marchando via recta hasta su vista,
en él presenciareis cosa provista,
cual despensa de agrícola en verano,
de paja grande acopio en vez de grano,
fórmulas, vaciedades de mi puño,
frases gálicas mil del nuevo cuño
y grandes disparates desabridos
que herirán sus doctísimos oídos;
pero cómo ha de ser, vuestro heroísmo
dará justa acogida á mi idiotismo.

Permitidme, señor, que mi osadía
se lance y se dirija en este día
á pagar lo que es justo y dar se debe
á la espuma del siglo diez y nueve.

Yo indigno suscriptor del nuevo Horacio,
llamado por mal nombre Cartapacio,
estando satisfecho, agradecido
de su exacta palabra y su cumplido,
no sé con qué pagar ni con qué trato
su esmero, su justicia y su conato;
ni doy con el camino diligente
que me induzca á trataros francamente:
pues digo, á la verdad, con mil razones,
y perdonen los necios Salomones,
que mil salen periódicos sin ciencia
solo por describir.... su conveniencia,
prometiéndome ventajas materiales
así en letras, papel, como en caudales:
dan lujo, ostentacion en su prospecto
lo cual prueba á mi ver su vil efecto,
pues, como Horacio enseña á los borricos,
quien muy erguido canta da de hocicos,
y despues que el cumplir les interesa,
si no se han ido á caza de otra presa;
qué hacen para efectuarlo? Bobería!
con ciencia agena y vana cortesía
escriben.... como Pedro á media paga,
lo selecto que saben.... y empalaga,
y llega la ambicion de esta polilla
á inventar otro Ayguals y otro Zorrilla.
Pero ¡ah! docto señor, hay gran ventaja
desde el trigo purísimo á la paja;
y siempre se distingue y se divisa
quien lleva ostentacion y no camisa.
De modo es que entre tanta criatura
que danzan por la pública censura,
muy bien puedo decir que la primicia
la obteneis entre todos con justicia,
entendiéndome por cosa necesaria
el *Dómine* y su prole literaria.

Estoy, ya lo repito, en alto grado
satisfecho, contento y repagado
por el sumo teson y la constancia
de ese azote cruel de la ignorancia;
nada hay que desear, fué caballero
vuestro escelso señor el justiciero:
pues el mucho valor de su ventrículo
mirar se deja en su primer artículo.
Ribot con magestuosa poesía
nos demuestra su mérito á porfía;
su gracia, buen humor, sal y pimienta
es lo mas eficaz contra el tormento;
y ora su tono grave, ora jocosos

alteró nuestro idiótico reposo:
lo cual, si no me engaño, así recita
el prospecto que rige y que milita.
Con que he dicho, señor, por tales bienes
os envío un millon de parabienes,
y en vez de echar el resto en mi posdata
allá va esta pequeña baravata,
quedando siempre ya de su mercé
servidor afectísimo

L. B.

Nada importa, señor, no se publique,
hasta que usted lo sepa y lo critique.

Ego.

LOLA MONTES.



Esta valiente cuanto salada bailarina española, que puso en un puño á las autoridades y gendarmería de Berlin, está en la actualidad volviendo locos á los parisienses. Esta enérgica bolera de los ojos azules, cabello negro, dentadura de perlas, hermosa pantorrilla y pulido y bien torneado pié, ha derramado toda la sal de Jesus bailando últimamente LA CACHUCHA en el teatro de la *Porte-Saint-Martin* de Paris. El *Constitucional* dice: *Des fleurs, des bouquets, des arbres tout entiers ont inondé la scène.* Flores, ramilletes, ARBOLES ENTEROS inundaron la escena.

En España no hemos llevado aun el frenesí al extremo de arrojar sobre ninguna bailarina estrangera álamos, cipreses, encinas, higueros, alcornoques ni naranjos.... y eso que abundan los naranjos y alcornoques por estas tierras de Dios.

BIBLIOGRAFIA.

LA nunca bastante bien elogiada novela de EL JUDIO ERRANTE ofrece cada día mayor interés al lector. El desarrollo del sublime carácter de Rodin y los amores de Djalma y Adriana, van á dar un nuevo realce á esta produccion, la mas colosal del siglo, tanto por su mérito literario como por la sana moral que por todas partes destella.

La SOCIEDAD LITERARIA ha tomado todas las disposiciones necesarias para que la traduccion del señor don Wenceslao Ayguals de Izco, quede terminada á la par del original.

MR. EUGENIO SUE anuncia para despues otra novela titulada LOS SIETE PECADOS CAPITALES; y agradecida la SOCIEDAD LITERARIA á la predileccion con que el público acoge sus desvelos, ofrece desde ahora su traduccion con el mismo esmero que la del JUDIO ERRANTE.

—EL SUSPIRO, periódico que se publica en Zaragoza, es digno por su mérito de alternar con los mas acreditados de España.

—Hemos leído la traduccion de la célebre novela MEMORIAS DE UN ANGEL, hecha del francés por D. Antonio Benigno Cabrera, y no podemos menos de recomendarla al público por ser digna por todos conceptos del original. La impresion es correcta y hace honor á las prensas de los señores Cabrera y Laffore de Málaga.

—La SOCIEDAD LITERARIA está terminando una nueva edicion de EL COMENDADOR DE MALTA, una de las mejores novelas de EUGENIO SUE.

—LOS JESUITAS, ó análisis de la Compañía de Jesus, por la SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID, obra que con tanta avidez leen las personas ilustradas, tanto por su mérito, como por su analogía con el JUDIO ERRANTE, compondrá unos seis tomos. Se ha publicado el primero y segundo tomo, y dentro de breves dias saldrá el tercero.

—EL LAUD CASTELLANO que se publica en Burgos, es un buen periódico, cuya lectura recomendamos.

—EL RECUERDO que se imprime en Tarragona, es tambien publicacion recomendable.

—Del acreditado establecimiento tipográfico de los señores Garcia y Manté de Córdoba salen dos chistosísimos periódicos, EL GATO y EL COCO. Con este último se reparte una linda novela del ilustrado jóven D. Mariano Soriano Fuertes.

—En Almería se publica EL CASCAJAR, periódico instructivo y ameno.

—Hemos leído el primer número del PORVENIR, periódico de Santiago que dirige el joven literato don Antonio Faraldo, y nada nos ha dejado que desear.

Anuncio de interés general.

En la calle de Bordadores de esta corte, galería de cristales de San Felipe, tienda núm. 3, acaba de establecerse una *Oficina Central de publicaciones* para los que deseen hacerlo de su propia cuenta, en la que se darán las noticias convenientes sin que se interese nada por los primeros trabajos, si la publicación no tiene éxito. Se admiten comisiones y encargos de agencias y demás según el prospecto que circula. Las comunicaciones se remitirán á su Director *francas de portes*, pues no se admiten de otro modo. La inteligencia y actividad de la persona que está al frente nos hace esperar un buen resultado de este establecimiento tan sumamente útil para todas las clases en general y particularmente para los periodistas y editores, tanto de Madrid como de provincias.

ADVERTENCIA Á LOS PERIODISTAS.

La SOCIEDAD LITERARIA mandará á la redacción de los periódicos de la corte y de las provincias, francas de porte, todas las obras QUE ANUNCIEN de las que publica, limitándose los señores periodistas á dirigir en cambio de todas ellas un solo ejemplar de su periódico á DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, DIRECTOR DE LA SOCIEDAD LITERARIA, CALLE DE SAN ROQUE. MADRID.

Pero dicha SOCIEDAD se abstendrá de remitirles las obras que NO ANUNCIEN, desde la entrega ó tomo QUE DEJEN DE ANUNCIAR.

TOROS.

Pascuas y toros! Hé aquí dos cosas las mas pectorales del mundo para los españoles; y si las pascuas vienen en días hermosísimos como las que acabamos de disfrutar y los toros son tan buenos y hay en la plaza tan hábil cuadrilla como la de la reciente corrida, podemos esclamar como el otro cuando oyó que venia á cantar en el teatro del Circo la célebre *prima donna* SABATINI. «Chico, qué buen verano vamos á pasar!»

Leon, Cúchares y el Chiclanero, de espadas, y de suplente *el río donde fué bautizado Cristo*, á saber, *Rio Jordan*. El tío de este, Capita, el Salamanquino y otros buenos chulos, de banderilleros. Hemos notado con disgusto la falta del Menudo. Los picadores buenos.

Si á esto se añade que para la segunda temporada viene el célebre Montes..... quién nos tose?

En la primera corrida todos se han portado bien menos el presidente, que estuvo muy poco amable. Muchas graaaaaa..... cias!

El Chiclanero se lució como digno discípulo de Montes, y el picador Gallardo estuvo valiente y acertado. En una de las suertes quitó la divisa al toro, y en el entusiasmo de la improvisación se la comió como si fuese una hoja de escarola.

Trigo se hizo algo el maula, y á fé que este apreciable ARTISTA cumple siempre como entendido y valiente, por lo que nos chocó mas su *moderantismo*.

W. A. de I.

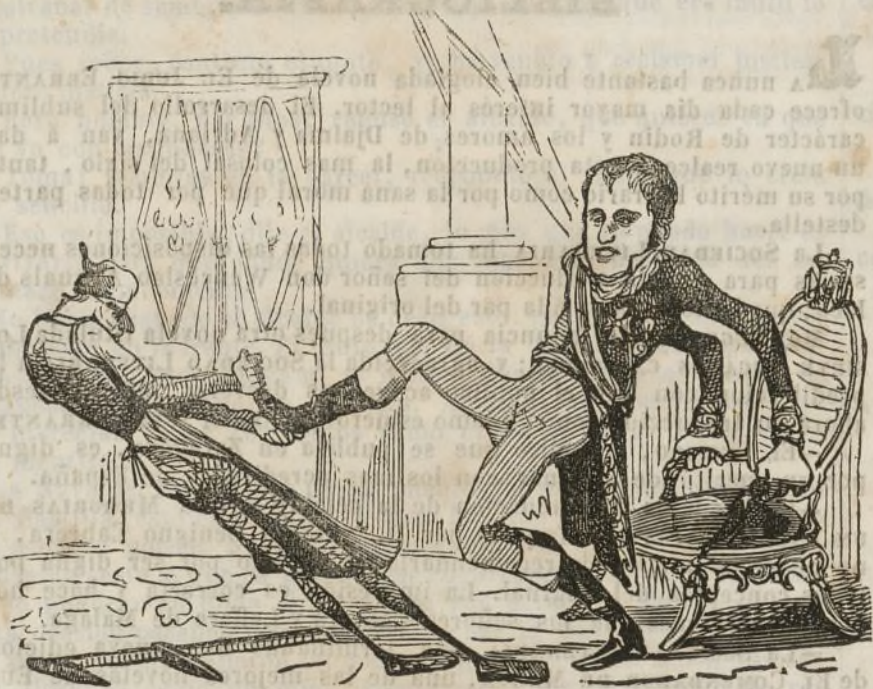
TEATROS.

Vamos á estar perfectamente servidos. En el Príncipe se establece un comité y en la Cruz un *bebicafé*. Vamos á ser muy felices con estas cosas de estrangia. Cuando seremos españoles? El comité pasado desechó una comedia porque uno de los apellidos del autor era *Fontseré*, y un poeta, á quien se silba cuanto escribe de algunos años acá, dijo que con tan raro apellido nada bueno podia hacerse.

Entonces ¿por qué se han admitido las composiciones de *Hartzenbusch*? No hay cosa mas socorrida que un comité.

TEATRO EN ACCION.

El zapatero y el rey.



Uno tira y otro afloja....
esta es de España la ley;
y aquí acaba la comedia
del zapatero y el rey.

Contigo pan y cebolla.



Tan ardiente es mi querer,
que en pos de una buena olla
dispuesta estoy á comer
contigo pan y cebolla.

W. A. de I.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1843.
IMPRENTA DE DON WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.